

Se conocieron a los 30 años, se enamoraron y estuvieron 8 años sin hablarse hasta que sucedió el milagro

14/12/2025



Hay historias que parecen empezar antes de que las personas se conozcan. Como si la vida fuera tejiendo hilos invisibles entre dos destinos que, tarde o temprano, van a encontrarse. **“Sebas para mí es la prueba de que el amor existe.** Pero no el amor romántico, ese que solo hace que sintamos mariposas; es ese amor que no se puede explicar. Lo miro y pienso en por qué lo amo y no encuentro explicación, solo lo siento”, dice Leticia con la mirada perdida. Su historia tiene la textura de dos vidas que **avanzaron paralelas durante años, sin rozarse,** hasta que un día algo hizo clic.

Leticia vive desde 1994 en Villa Mercedes, San Luis, una ciudad atravesada por un viento tibio que en verano parece soplar desde todos los rincones. Pero nació el 14 de junio de 1981, en Mendoza. “A mis 14 años nos mudamos porque mis papás consiguieron trabajo acá. **Ya van 30 años**”, cuenta con esa calma que tienen las personas que recuerdan con los ojos, no con la voz.

Su adolescencia fue como tantas de la clase trabajadora: caminar rápido, crecer antes de tiempo, aprender a cuidar a sus hermanos mientras su mamá trabajaba. “A los 21 me casé con el papá de mi hija. Estuvimos nueve años juntos. Cuando me separé, **ya tenía 30 y todo el peso del mundo en los hombros**”.

Sebastián, dos años menor, nació en Pehuajó, pero se crió en Santa Rosa, La Pampa, adonde su familia había emigrado por razones parecidas: buscar trabajo, un futuro, algo más estable. “Él siempre fue hábil con las manos. Mecánico, electricista... **de esos hombres que te arreglan lo que sea con paciencia y mate al lado**”, asegura Leticia orgullosa.

Él también había estado en pareja. También tenía una hija. Y también venía de un desgaste emocional que lo había dejado con esa **mezcla de ironía y ternura que queda después de una ruptura**.



Hay amores que se apagan sin ruido. Y hay otros que son como

brasas cubiertas por tierra: parecen dormidos, pero debajo siguen encendidos, esperando el viento justo para volver a arder. (Foto: gentileza Leticia y Sebastián)

Por esos caprichos del destino, en Alpargatas –la fábrica donde Leticia trabajaba desde hacía años confeccionando las zapatillas Topper– necesitaban hacer unas modificaciones en la planta. Desde Santa Rosa mandaron un pequeño equipo técnico, y ahí llegó Sebastián: con su bolso de herramientas, sus manos curtidas y **la mirada curiosa del que está entrando a un mundo nuevo.**

Al principio Leticia apenas lo registró. “Cuando él llegó a trabajar acá yo lo identificaba poco, aunque las demás mujeres andaban todas enloquecidas por los pampeanos”, se sincera entre risas. Hasta que llegó diciembre y, con él, **la clásica “festichola” de fin de año de la empresa.**

Leticia era la encargada de organizar todo: reservar un salón sencillo, coordinar la comida, juntar dinero, hacer listas. “Yo, tímida y reservada. Él, extrovertido, entraba y **ya era amigo hasta de las palmeras**”, revela con cara de enamorada.

Así, un día de diciembre de 2011, en La Nueva Estancia –el restaurante ubicado en calle Balcarce y Rivadavia– sucedió la magia: “Ahí fue cuando realmente comencé a prestarle más atención a Sebas. Es como que **algo entró en mi corazón y lo vi.** Hablaba con él y mi corazón empezaba a latir rápido, me sonrojaba sin razón y no lo podía evitar. Me sentía adolescente y **no lo podía controlar**”, confiesa agarrándose las mejillas, como apagando el fuego de ese inolvidable momento inicial. Algo pasó esa noche. Una chispa, un golpe suave, un vértigo: “Lo vi. Es eso... lo vi. Como si de repente **la luz del salón cayera justo en él y yo sintiera algo que no venía sintiendo hacía mucho**”. Algo o todo.

Hablaron. Bailaron. Se mezclaron, como camuflando algo que todavía no se animaba a ser dicho. “La noche de la salida grupal terminamos sacándonos fotos, disimuladas entre varias

otras que nos sacábamos con los demás compañeros. Charlamos y sentía que todo fluía y que me gustaba estar en su compañía. Esa noche pasó: **yo volví a mi casa y él se fue por otro lado**", relata Leticia, aplicando en el verbo conjugado en pretérito perfecto simple, "pasó", su enamoramiento implícito. La mendocina **recuerda un perfume a desodorante común, fusionado con el olor a grasa de taller que parecía no irse del todo. Él, la risa entre vergonzosa y pícara de ella.**

No se besaron. Pero a veces lo no hecho enciende más que lo culminado. Cada uno volvió a su casa con la adrenalina a pleno, esa que dejan las emociones lindas, pero inciertas. **Algo ya había empezado.**



La pareja explicó que "por cosas de la vida no podemos vivir juntos, pero sí pensamos que en un futuro volveremos a disfrutar de nuestra compañía como lo hacíamos, hace ya diez años atrás". (Foto: gentileza Leticia y Sebastián)

Y como ninguna gran historia se cuenta sin un valiente que se

anima, Leticia activó: “Pasó casi un mes. Estábamos de vacaciones y decidí mandarle un mensaje por Messenger de Facebook”, refiere con un gesto de seguridad. **“Sebastián tardó dos semanas en contestar”**. Esa misma noche chatearon hasta casi la madrugada y quedaron en verse.

La primera cita fue un caluroso día de febrero, esos que parecen durar mucho más que 24 horas. Se encontraron en Grido –“la heladería sobre zona estación, así le decimos al sector de la ciudad”–, un local de donde el olor a barquillo recién hecho se siente desde media cuadra antes: **“Recuerdo que fuimos a tomar un helado y nos sentamos en la plaza a charlar**. Todo fluía y parecía que nos conocíamos de siempre”. Hablaron sin prisa, sin ansiedad, como quienes se reconocen sin explicarse por qué. **Sus cuerpos respiraban en sincronía**. “De ahí ya no nos separamos más”, dispara.

Estuvieron juntos dos años. Años intensos, amorosos, difíciles: “Para mí fueron dos duros años, donde la tuvimos que luchar”. La familia de Leticia no lo aceptaba demasiado. Su mamá, sobre todo, **seguía “apreciando” a la pareja anterior de su hija**. Eso dejaba a Sebastián en **una especie de territorio frío, sin legitimidad**.

Leticia habla de esos años con un brillo especial: **“Fue un amor imparable**. Estuvimos muy solos de alguna manera. Él con su familia lejos y yo era lo único que tenía acá. **Fuimos muy unidos y compañeros**. Fue una relación donde aprendí mucho”, reconoce y, aunque habla en tiempo pasado, mantiene un tono de esperanza.

Luego de dos años, la vida empezó a empujar hacia otro lado. Sebas extrañaba a su hija de una manera que le dolía en el cuerpo. Las visitas en Santa Rosa nunca eran fáciles. La relación con la madre de la niña estaba llena de tensiones. Y además, **en la fábrica de San Luis lo maltrataban**. “Le decían cosas solo por ser pampeano. Yo lo veía llegar cansado, triste”.

Hasta que un día dijo: “Me vuelvo”. Sebastián pidió el pase y retornó a su provincia. “Me ofreció que lo acompañara a Santa Rosa, pero yo no podía alejar a mi hija de su papá. **Ella era chica y amaba mucho a su padre.** Hasta ese momento él era un papá presente”, detalla con responsabilidad.



Antes de estar con Leticia, Sebastián también había estado en pareja, tenía una hija y venía de un desgaste emocional que lo había dejado con esa mezcla de ironía y ternura que queda después de una ruptura. (Foto: gentileza Leticia y Sebastián) Lo hablaron. Muchas veces. **Con lágrimas, silencios, abrazos que parecían querer retener el tiempo.** Pero la vida adulta es una calculadora cruel: a veces el amor no alcanza para acomodar la realidad. Entonces, **decidieron seguir juntos a distancia.**

Continuaron por dos años más; dos años en los que Leticia viajaba a Santa Rosa, volvía, y cada vez quedaba un pedacito menos de ella. “Volvía hecha trizas. Literal. Me subía al

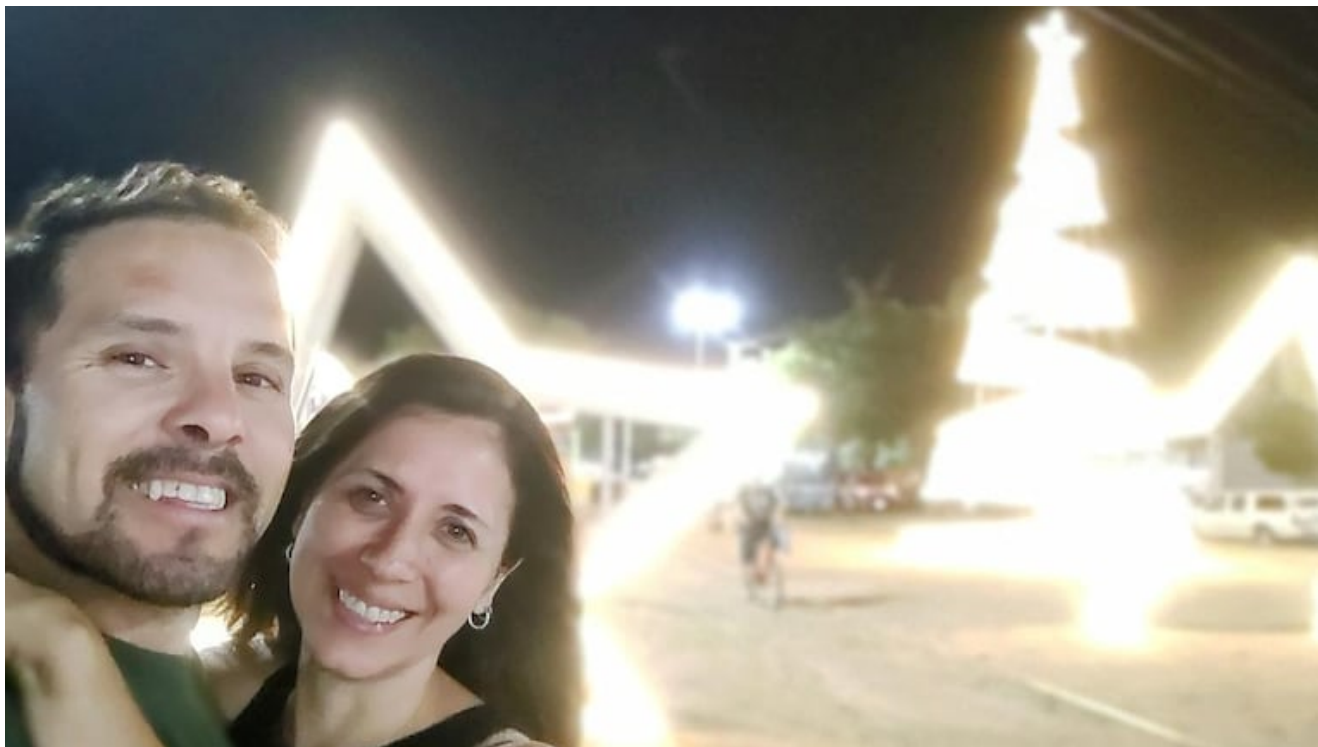
micro y **sentía que me faltaba el aire**; cada vez que regresaba de verlo sentía que mi corazón se rompía en mil pedazos", dramatiza estrujándose el pecho.

Hasta que un día, sin avisar, tomó una decisión drástica. "Ya no podía seguir con esa agonía. En una de mis visitas, recuerdo que le di un beso y un abrazo de despedida, sabiendo que no iba a verlo más. No fue hablado ni consensuado. **Fue decisión mía. Él se enteró cuando, con el paso de los días, yo no contestaba ni mensajes ni llamadas**". Y continúa justificando su ghosteo con lo inexplicable: "Lo bloqueé de todos lados. Necesitaba borrar ese registro de existencia. Quizás **sentir que ese dolor que superó tanto amor no existió**".

En cada decisión podemos elegir el miedo o el amor. Leticia ya había elegido. Acaso, ¿se puede engañar al corazón? Imposible. **Distraerlo sí, pero lo que se pertenece se encuentra.**

Pasaron ocho años sin hablarse. Ocho años en los que los dos intentaron rehacer sus vidas. Leticia conoció a otro hombre: "Tuve otro hijo e intenté nuevamente buscar tener algo parecido a ese amor. Aunque quise desaparecerlo de mi vida, no pude", explica y hace una pausa para delatar lo que sigue: "**Sebastián estaba presente en cada cosa, en cada momento. Nunca dejé de pensarlo ni de sentirlo**", admite ella sin patetismo, pero con verdad.

Sebastián se refugió en el montañismo y la actividad física. Subió cerros, cruzó rutas largas corriendo, **buscó ese silencio que te ordena por dentro**. O quizá esos entrenamientos eran una metáfora de escapar. "Trató también de apostar otra vez a la pareja, pero la comparación siempre surgía. El hecho de que ambos tuvimos una relación de amor, respeto y compañerismo **dejaba la vara muy alta para cualquier otra relación que pudiera venir**", recita ella mostrando alivio.



La historia de Leticia y Sebastián tiene la textura de dos vidas que avanzaron paralelas durante años, sin rozarse, hasta que un día algo hizo clic. (Foto: gentileza Leticia y Sebastián)

Ninguno pudo reemplazar lo que habían tenido. Lo que habían construido era demasiado noble, demasiado honesto, demasiado vital como para encontrarlo fácilmente en otra persona.

En 2023, érase una vez un nuevo comienzo: Leticia se separó. Una noche, casi sin pensar, lo desbloqueó. Guardó el número que llevaba ocho años memorizado, como se graba mentalmente el teléfono de emergencias. Y al poco tiempo, en una de esas maravillosas sincronías que regala el universo, **apareció la solicitud de amistad en Facebook.** “Hace dos años me separé y decidí desbloquearlo de las redes y volver a agendar su número, que tuve guardado en mi memoria por ocho años. Fue inmediato. Al poco tiempo recibí su solicitud de amistad en mi Facebook”, cuenta Leticia sonriente.

La primera charla fue larga, profunda, casi inevitable: “Una noche comenzamos a hablar y hablamos y hablamos durante horas. Sobre todo **lo que nos pasó desde el momento que dejamos de vernos**”. Videollamadas eternas, risas, confesiones. Dos adultos con cicatrices en el alma que se volvían a encontrar:

“Volver a vernos, sentir que todo ese amor nunca se había ido. Que era él, mi Seba. Y él ver que su ‘amorcito’ volvía a su vida”, dice siendo autorreferencial.

Hoy siguen viviendo en provincias distintas, pero viajan seguido, se acompañan, se buscan. **“Nos visitamos lo más seguido que podemos. Nos hablamos todos los días. Fueron ocho años separados sin comunicación pero siempre pensándonos y anhelando ese amor que tuvimos y no pudimos volver a encontrar en nadie más”**, relata con una pasión que conmueve.

No pueden vivir juntos por ahora: la vida es compleja, los hijos tienen sus rutinas, las responsabilidades pesan. Pero **el futuro aparece ahí, como un punto luminoso que ambos miran:** **“Por cosas de la vida no podemos vivir juntos. Obligaciones y realidades que hoy no podemos cambiar, pero sí pensamos que en un futuro volveremos a disfrutar de nuestra compañía como lo hacíamos, hace ya diez años atrás”.**

Hay amores que se apagan sin ruido. Y hay otros que son como brasas cubiertas por tierra: parecen dormidos, pero debajo siguen encendidos, **esperando el viento justo para volver a arder.** Leticia lo dice mejor que nadie: **“Hay amores y lazos que no se pueden explicar, sólo sentirlo”.**

Y a veces, eso alcanza para desafiar al tiempo, al silencio y a la distancia. **“Imagino algún día poder compartir toda mi vida con él, con lo bueno y lo malo. No me imagino la vida con otra persona”**, concluye. Porque el amor verdadero –ese, el raro, el que te nombra incluso cuando no estás– siempre encuentra el camino de vuelta.

Escribinos y contanos tu historia: amoresverdaderos@artear.com

@cynthia.serebrinsky

Amores Verdaderos es una serie de historias reales, contadas por sus protagonistas. En algunas de ellas, los nombres serán cambiados para proteger su identidad y las fotos,

ilustrativas.